

La Familia: Comunidad educativa Desafíos y perspectivas al comienzo del siglo XXI ¹

Prof. Elva Espinosa Nordelo ¹¹

“La familia, pues, tiene inmediatamente del Creador la misión y, por lo tanto, el derecho, de educar a la prole; derecho inalienable por estar inseparablemente unido con una estricta obligación; derecho anterior a cualquier otro derecho de la sociedad civil y del Estado; y por lo mismo, inviolable por parte de toda la potestad terrena”.

Enc. Divini Illius Magistri, 1929.

El 22 de enero de 1998, al pronunciar la homilía en la misa celebrada en la ciudad de Santa Clara, Su Santidad Juan Pablo II dijo que “la familia, la escuela y la Iglesia deben formar una comunidad educativa donde los hijos de Cuba puedan crecer en humanidad”¹. El propósito de la presente reflexión es analizar –sin pretender agotar el tema– los retos y las perspectivas que enfrenta la institución familiar para poder desempeñar el papel de comunidad educativa en el mundo de hoy, con toda su compleja realidad.

Algunas de las características del mundo globalizado, que influyen de manera notoria en la educación, están constituidas por el surgimiento de una cultura universal de masas, altamente secularizada y fuertemente dependiente de los Medios de Comunicación Social (dominados por un pequeño número de países altamente desarrollados); el reajuste y la crisis de la familia (redefinición de la identidad de la mujer y redistribución de los roles de género, pérdida del sentido de tradición y una marcada inestabilidad familiar, entre otros factores); el relativismo y el subjetivismo morales; la sustitución de la ética por la estética y la ausencia de grandes sistemas de valores e ideales.

Santo Tomás de Aquino, en su obra “Sobre el Maestro”, define a la Educación como “la conducción y promoción de la prole al estado de perfección en tanto hombre; es decir, al estado de virtud”². Quedan claramente expuestos en esta definición, dos conceptos básicos, a saber:

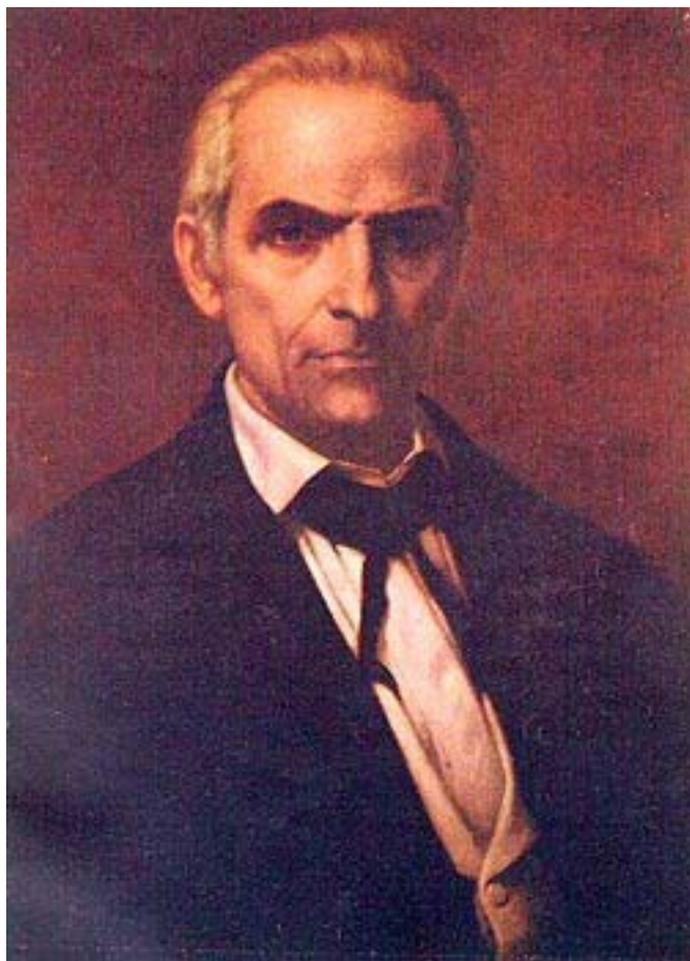
- ◆ Identifica como objetivo final de la educación la adquisición de virtudes (y valores, podemos añadir); se debe sobrentender que no se refiere sólo a las virtudes y valores morales, sino también a las intelectuales e identifica éstas con la perfección humana. El fin del hombre, dice Santo Tomás (y en ello coincide con Aristóteles), es el perfeccionamiento de la propia naturaleza. Por esto, la voluntad, en cuanto elige entre los bienes particulares, permanece siempre insatisfecha y

aspira al Bien Supremo, en cuya posesión está la suprema felicidad (la Eudaimonia Aristotélica). La virtud es la habitual y consciente observancia de la ley moral.

- ◆ El aspecto formativo está expresado en los términos “conducción” y “promoción”, que resumen la labor del educador: conducir por el camino que lleva a la perfección en virtudes y valores así como promover la adquisición de éstos. Una buena medida de la calidad de un proceso educativo estará dada por el hecho de que promueva cada vez más y conduzca cada vez menos (recordemos de paso la idea del Siervo de Dios Félix Varela, en el sentido de educar en el difícil arte de pensar con cabeza propia; y la del filósofo y pedagogo español D. Alfonso López Quintás, de enseñar a pensar con rigor y ser creativos).

Pio XI





José de la Luz y Caballero

La educación es, cada día más, una tarea comunitaria e integral. Al menos en apariencia, se ha llegado a una comprensión del aprendizaje como resultado de un proceso de interacción social, que involucra a la familia, la escuela, la sociedad y el Estado; y se reconoce la necesidad de vincular a la escuela con otros ámbitos formativos de la sociedad, entre ellos, en primer lugar, la familia. Pero entonces, debemos dejar bien claro qué entendemos por familia y cómo interpretamos ese papel educativo en la práctica.

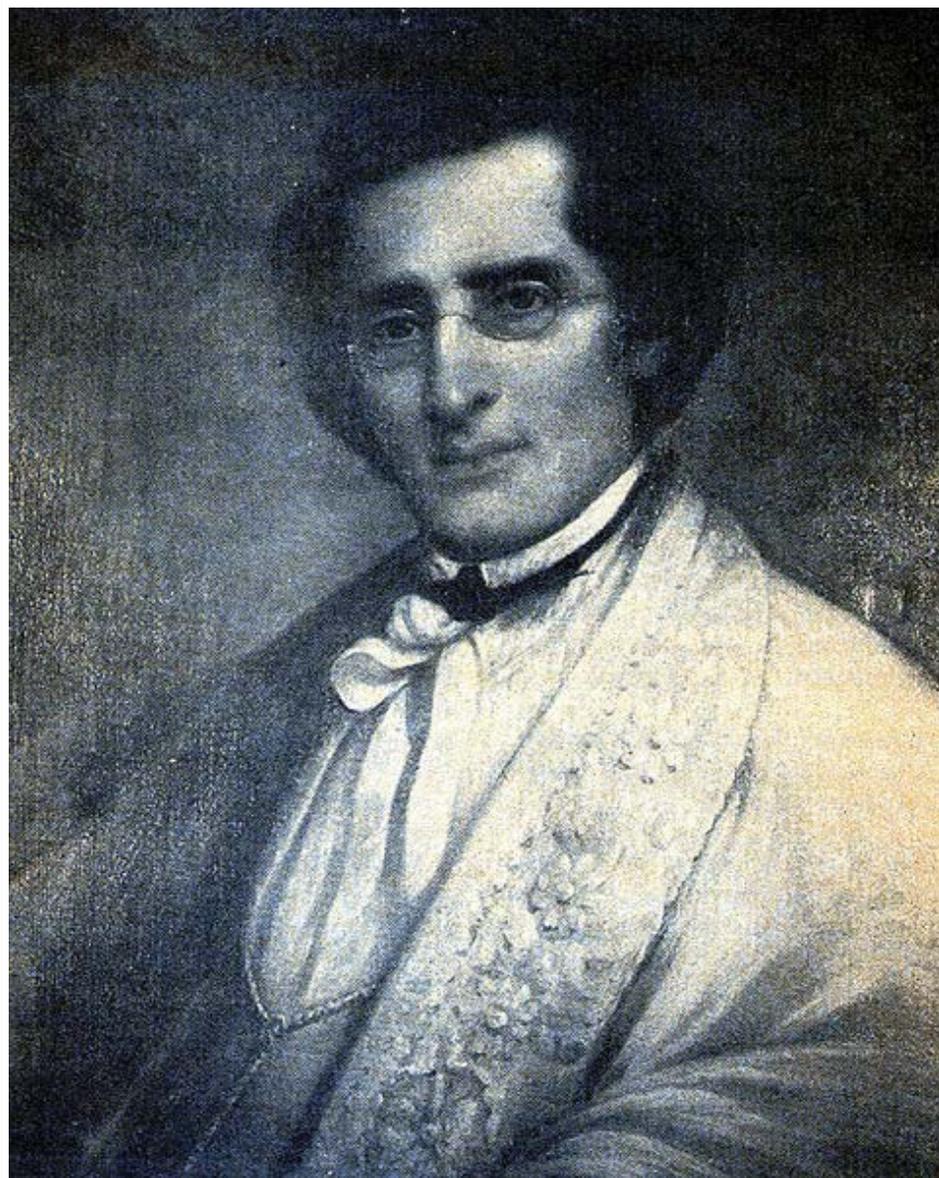
Para el Aquinata, la institución familiar es un derecho natural que debe ser respetado; y a los progenitores les cabe la facultad de educar a la prole. El fin de la familia, como el del Estado y de toda otra forma de sociedad civil, es el de guiar hacia Dios a todos sus componentes, porque éste es el fin último de todo ente inteligente. En fecha mucho más cercana a nosotros, la Constitución *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II, hace énfasis en "una cuidadosa cooperación de los padres en la educación de los hijos. La activa presencia del padre contribuye sobremanera a la educación de los hijos; pero también debe asegurarse el cuidado de la madre en el hogar, que necesitan principalmente los niños menores, sin dejar por eso a un lado la legítima promoción social de la mujer"³

Podemos entonces entender por familia la comunidad de personas, fundamentalmente integrada por padres e hijos (y otros parientes que interactúan con ellos, como es el caso muy frecuente de los abuelos), cuya finalidad primordial es el desarrollo integral de cada uno de sus miembros como persona contribuyendo así al desarrollo del resto de la sociedad. El magisterio de la Iglesia Católica se expresa con precisión y claridad sobre este punto en el Código de Derecho Canónico, en el can. 1113, cuando afirma que "los padres tienen gravísima obligación de procurar con todo empeño la educación de sus hijos, tanto la religiosa y moral como la física y la cívica así como proveer también a su bienestar temporal"⁴. Por su parte, afirma la *Gaudium et Spes*: "Así, la familia, en la que coinciden distintas generaciones que se ayudan mutuamente a lograr una mayor sabiduría y a armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social, constituye el fundamento de la sociedad. Por consiguiente, todos los que influyen en las colectividades y grupos sociales deben contribuir eficazmente al progreso de la familia"⁵. Todo eso la convierte en el primer sujeto y protagonista del proceso educativo, e implica que el resto de las instituciones de la sociedad deben adecuar sus espacios y actividades de modo que favorezcan ese protagonismo y lo complementen.

Pero la realidad de las sociedades actuales es otra: en el mundo moderno, los medios de comunicación invaden la intimidad de la vida personal y la familiar; existe una tendencia global a la masificación (que despersonaliza) y, mientras algunas sociedades desconocen el pluralismo de ideas y opiniones, otras caen en el más desconcertante pluralismo ético, en el cual cada persona parece considerarse a sí mismo como norma moral. Por otra parte, como afirma la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, se observa "una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí; graves ambigüedades acerca de la relación de autoridades entre padres e hijos; dificultades concretas en la trasmisión de valores; un número cada vez mayor de divorcios, la plaga del aborto"⁶. Factores económico-sociales influyen también, en no poca medida, en esta situación: los padres, con frecuencia, se ven obligados a permanecer casi todo el día fuera de la casa para proveer a la subsistencia de los hijos, que permanecen la mayor parte del día virtualmente abandonados, como huérfanos, atendidos, en el mejor de los casos, por una abuela o abuelo. Sólo pueden dedicarles una pequeña parte de su tiempo (casi siempre la noche) que es precisamente el momento en que están más cansados y menos dispuestos para educar y en la cual los hijos tienen, todavía, que enfrentar la competencia de la televisión. Y todo ello sin mencionar la pandemia de la violencia intrafamiliar, a la cual se le dedicó un espacio en el número anterior de

esta revista⁷, o la incidencia cada vez mayor de uniones "matrimoniales" entre miembros de un mismo sexo, que también conviven juntos como una familia, en ocasiones compartiendo su hogar con el(los) hijo(s) de alguno(a) de los(las) "cónyuges" o con niños adoptados. El entorno que rodea a la familia, integrado por primos(as), tíos(as), vecinos, amigos y condiscípulos, puede convertirse en un elemento que conspira contra el correcto ejercicio de su función educativa y en una peligrosa fuente de contaminación con antivalores. En resumen, en nuestros tiempos, el desafío de formar una familia estable, capaz de cumplir con la finalidad fundamental a la que ya se ha hecho referencia, se ha convertido en una meta difícil de cumplir, porque el medio ambiente en el cual la familia vive y se desarrolla, es cada vez más hostil. "En la base de estos fenómenos negativos, está muchas veces una corrupción de la idea y de la

Félix Varela



experiencia de la libertad, concebida (...) como una fuerza de autoafirmación, no raramente contra los demás, en orden al propio bienestar egoísta"⁸.

Paralelamente, el deterioro de la educación al nivel mundial es un fenómeno generalmente reconocido; y constantemente los diarios y noticieros nos traen informaciones y análisis sobre alarmantes casos de violencia escolar o bajo rendimiento de los educandos, para sólo citar dos ejemplos. Las causas son múltiples y el orden de importancia relativa de cada una de ellas, difiere notablemente entre distintos países: Obviamente, no es igual la situación en el llamado "Tercer Mundo", donde a las familias muchas veces les faltan los más esenciales medios de subsistencia y, a menudo, también las libertades y derechos más elementales, que en el "Primer Mundo", donde el bienestar, el consumismo y el cultivo del hedonismo, suelen coexistir con la angustia vital y la incertidumbre ante el futuro. Sin embargo, dos denominadores comunes a todos los entornos, son el deterioro moral y el deterioro de la institución familiar.

En el caso concreto de nuestro país, inciden factores particulares, como el alarmante índice de divorcios, que "ponen punto final a una unión que debía ser para toda la vida. Más de la mitad de los que se casan, ya se han divorciado al poco tiempo y hay muchos hijos sin padre"⁹ y que conllevan frecuentemente a sucesivas e inestables uniones de uno o ambos progenitores y a la imposición de padrastros o madrastras no deseados(as); la salida de los hijos del seno familiar desde edades tempranas, para los internados de primaria, secundaria y preuniversitario; la imposibilidad de los padres de escoger el tipo de educación que desea para sus hijos, unido a la tendencia de muchos de ellos de dejar todo el peso de la educación a la escuela; la separación familiar por salidas temporales a misiones o colaboraciones en otros países, o salidas permanente por emigración; el servicio militar en edad relativamente temprana y, especialmente en los últimos tres lustros, el aumento en flecha de los índices de alcoholismo y la pérdida de valores en la familia, especialmente la tolerancia familiar a la prostitución y a las uniones por conveniencia.¹⁰

Desde hace tiempo se realizan en todo el planeta investigaciones,

simposios y congresos para analizar la crisis del sistema educativo; problemas de aprendizaje, de disciplina, de violencia, objetivos "actitudinales" y un largo etcétera. Pero rara vez se reflexiona, en semejantes encuentros, sobre el impacto que la crisis familiar contemporánea tiene sobre el sistema educativo. "Se parte de la idea –más o menos implícita en muchas teorías pedagógicas- de que, a la hora de enumerar a los agentes educativos, la familia no cuenta; o de que el sistema es insuficiente para superar cualquier carencia en la educación familiar"¹¹. Esta subversión profunda de los criterios naturales de la educación, de una u otra forma, ignoran el hecho incontestable de que la familia es la primera educadora; que donde la educación familiar no existe o fracasa, es casi imposible que los sistemas educativos formales tengan éxito, independientemente de la calidad de los docentes, los planes y los métodos pedagógicos. "Porque si la familia fuera tan fácilmente sustituible, la educación de la prole no sería su finalidad primaria"¹².

Frente a esto, urge a los padres conscientes de su responsabilidad dejar de lamentar la situación y tratar de encontrar soluciones prácticas a los retos que el mundo posmoderno les lanza. Entre esos retos está, en primer lugar, el de servir de base a la persona humana, evitando que esté en función del sistema social, sea cual sea éste (la sociedad es para la persona, no al contrario), usando métodos personalizadores, más participativos, de forma que se puedan desarrollar capacidades de pensamiento riguroso, discernimiento y propiciando espacios donde se den posibilidades a la creatividad. Paralelamente, es importante descender del nivel de sociedad al de comunidad, a familia humana, donde el yo crece en relación con el otro y llega a nosotros manteniendo la unidad dentro de la diversidad. El tercer reto a enfrentar es el de rescatar los valores perdidos –siempre proponiéndolos, nunca imponiéndolos-, haciendo que se vivifiquen de manera consciente y que la persona los defienda. Para esto, deben fomentarse las escuelas de padres, al nivel comunitario, así como mejorar las relaciones entre la escuela y la familia, despojándolas de la pura formalidad, para lograr el establecimiento de una verdadera comunidad educativa. Sería importante valorar la creación de cátedras de formación de conocimientos en antropología filosófica, sin distinciones de credo, ideología o edad; a este respecto, estamos en condiciones de ofrecer la experiencia acumulada por la cátedra "Don Alfonso López Quintás", del Centro de Bioética Juan Pablo II, en la enseñanza de valores, apoyándose en obras literarias para niños y jóvenes y en dibujos animados. Es importante, asimismo, promover en nuestros niños y adolescentes la capacidad de diálogo, tan necesaria en el mundo de hoy, de manera que sean capaces de valorar lo que somos como personas para llegar al necesario

pluralismo en el modo de razonar y pensar. Educar, en fin, para vivir la espiritualidad y la sociabilidad como familia humana, de manera que tanto las fatigas como los gozos de unos sean las de todos¹³.

Quisiera terminar esta breve reflexión con unas palabras tomadas de un librito editado hace pocos años por la UNESCO, que lleva por título "Los siete saberes necesarios", que "la educación del futuro debería tratar en cualquier sociedad y en cualquier cultura sin excepción alguna ni rechazo, según los usos y las reglas propias de cada sociedad y de cada cultura", según afirma en el prólogo:

El doble imperativo antropológico se impone: salvar la unidad y la diversidad humana. Desarrollar nuestras identidades concéntricas y plurales: la de nuestra etnia, la de nuestra patria, la de nuestra comunidad de civilización, en fin, la de ciudadanos terrestres.

Estamos comprometidos con la humanidad planetaria y en la obra esencial de la vida que consiste en resistir a la muerte. Civilizar y solidarizar la Tierra; transformar la especie humana en verdadera humanidad, se vuelve el objetivo fundamental y global de toda educación, aspirando no sólo al progreso sino a la supervivencia de la humanidad. La conciencia de nuestra humanidad en esta era planetaria, nos debería conducir a una solidaridad y a una conmiseración recíproca del uno para el otro, de todos para todos. La educación del futuro deberá aprender una ética de la comprensión planetaria¹⁴.

BIBLIOGRAFIA

- ¹ Juan Pablo II, Homilía en Santa Clara, 22-1-98, 4.
- ² Nardi, B. Santo Tomás: Opúsculos y textos filosóficos escogidos; citado en Sciacca, M. Historia de la Filosofía, Ed. Luis Miracle, Barcelona, 1954.
- ³ Const. Past. Sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et Spes, 52.
- ⁴ Código de Derecho Canónico, can. 1113.
- ⁵ Const. Past. Sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et Spes, 52.
- ⁶ Exhortación apostólica Familiaris consortio, 6.
- ⁷ Rodríguez, L. y col. Violencia intrafamiliar oculta en las mujeres de mediana edad y las ancianas. Bioética 2005, Ene-may; 6(1):19-24.
- ⁸ Exhortación apostólica Familiaris consortio, 6.
- ⁹ El Amor todo lo espera. Mensaje de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, septiembre de 1993, 42.
- ¹⁰ La autora de este estudio tuvo el dolor de escuchar a una madre que le aconsejaba a su hija de unos nueve años que "cuando seas grande, tienes que buscar un hombre que tenga dinero: un gerente o un extranjero".
- ¹¹ Una propuesta para tiempos difíciles (Editorial) Panorama Católico, abril de 2001; 2(13): V.
- ¹² Íbidem.
- ¹³ Muchas de estas ideas fueron expuestas en el Taller para Educadores de la Arquidiócesis de La Habana, realizado el pasado 26 de febrero, en locales de la Parroquia de Los PP Pasionistas de la Víbora.
- ¹⁴ UNESCO. Los siete saberes necesarios. Capítulo IV: Enseñar la identidad terrenal.

I Reflexión efectuada en el 75 aniversario de la Carta Encíclica Divini Illius Magistri.

II Licenciada en Pedagogía. Tutora-correctora del Instituto de Teología a Distancia Félix Varela. Asesora Pedagógica del Centro Juan Pablo II y Jefa de la Cátedra de Pensamiento y Creatividad Alfonso López Quintás.